

tido (1). De nada nos sirve estar en Jesucristo por la fe en su doctrina, en su palabra, si esta palabra, esta doctrina están solamente en el corazón y no se manifiestan en la conducta; entonces Jesucristo no está en nosotros, y nosotros estamos en Jesucristo como si no estuviésemos (2).

Por eso el Señor, no contento con habernos revelado la necesidad y la manera de estarle unidos, nos ha revelado aún, para que estuviésemos advertidos, la condición indispensable de esta unión divina, diciendo: «Mi Padre cuidará de cortar las ramas fecundas para que den frutos más abundantes» (3). Así, pues, dice San Juan Crisóstomo, esta poda de la viña la hace el divino Agricultor en los cristianos que están en estado de gracia, en los que son puros y fervientes, y que por consecuencia son ramas propias para dar fruto. Esta poda la opera por las tribulaciones, las injusticias, los riesgos no merecidos á que los expone, y que parecen castigos mientras que son beneficios; que parecen actos de severidad, y son caricias de su amor, medios de santificación y de salud; porque en estas tentaciones, en estas pruebas, su fe se fortifica, su esperanza se hace más sólida, su caridad más ferviente, su oración más asidua, y el desprendimiento del mundo más perfecto; y por el ejercicio de la humildad, de la mansedumbre, de la paciencia, se aumenta la gracia, crece el mérito, y los frutos de la vida eterna abundan más y más; absolutamente lo mismo que hay esa aparente dureza en cortar las ramas y hojas superfluas, mientras que es sabiduría é industria, haciéndose así la cepa más fecunda y vigorosa (4). Dios lo ha querido así para que jamás nos escandalicemos con el espectáculo de la prosperidad de los impíos y de las tribulaciones de los justos.

Démonos, pues, por advertidos con estas grandes palabras de nuestro Salvador: Y cuando Dios permite que las naciones infie-

(1) Tunc verba ejus in nobis manent, quando facimus quæ præcepit et diligimus quæ promisit. (S. Aug.)

(2) Quando verba ejus manent in memoria et non inveniuntur in vita, nec palmæ computatur in vite. (Ibid.)

(3) Pater meus omnem palpitum qui fert fructum purgabit eum ut fructum plus afferat. (Joan., xv.)

(4) Propter tribulationes eorum hoc dixit, ostendens quod tentationes fortiores eos faciunt, sicut circumcidere palmitem eum magis germinare facit. (S. Joan Chrys.)

les y heréticas, los incrédulos, los escandalosos, los pecadores, prosperen en sus negocios y en sus industrias; que acrecienten sus riquezas, sus placeres, su gloria, su poder en la tierra, reconozcamos en Él á ese Agricultor que deja á un lado las ramas estériles é infructuosas; y cuando Dios permite que las naciones católicas, los verdaderos fieles, las almas santas y fervientes sean pobres, miserables y perseguidas, veamos en Él al Agricultor que corta y parece atormentar las ramas más fecundas para hacerlas aún más fructíferas: *Ut fructum plus afferat*. Y en efecto, dice San Agustín, ¿cuál es el cristiano tan puro y tan perfecto en esta vida que no tiene necesidad de ser purificado? (1). Este mos, pues, bien persuadidos de que las tentaciones, las tribulaciones, las cruces son la condición necesaria de toda alma piadosa que sirve á Dios, que está en gracia de Dios, querida de Dios, amiga de Dios y verdaderamente unida á Jesucristo. El Apóstol lo ha dicho: todos lo que quieren vivir en Jesucristo según las leyes de la piedad, sufrirán persecución (2).

Después de haber visto la necesidad, el modo, la condición indispensable de nuestra unión con Jesucristo, veamos ahora el mérito y el fruto.

En este mismo Evangelio el Señor ha dicho á los Apóstoles: «Vosotros ya estais limpios por la palabra que os he hablado» (3). Hé aquí, pues, el primer resultado, el primer fruto que procura al alma fiel su unión con Jesucristo por la profesión de la verdadera fe, y la unión de Jesucristo con ella por la caridad y la gracia cuando ella la acoge con sumisión, cumple con fidelidad y retiene con amor su ley y su palabra. Esta palabra de Dios, esta doctrina de Dios, esta ley de Dios pura, imaculada como el Dios de que emana, es la que cambia el alma de la manera más absoluta, la despoja de la corrupción nativa, contraída por su unión con el cuerpo, por su contacto con los objetos sensibles (4). ¡Oh! Sepámoslo bien: la palabra del hombre

(1) Quis autem in hac vita sit mundus, ut non sit magis magisque mundandus? (S. Aug.)

(2) Et omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu persecutionem patientur. (II Tim., III.)

(3) Jam vos mundi estis propter sermonem quem locutus sum vobis. (Joan., xv.)

(4) Lex Domini immaculata convertens animas. (Joan., xv.)

no puede ser de ningun efecto sobre el hombre, en el órden de la santidad y de la salud.

La misma palabra de Dios, contenida en las Santas Escrituras, si se anuncia por los ministros del error, al pasar por su boca pierde toda su divina eficacia, se altera, se corrompe; y por eso la predicacion de los herejes es tan estéril y tan infructuosa. Sí: en lugar de convertir, pervierte; en lugar de purificar, mancha; en lugar de santificar, escandaliza; en lugar de salvar, pierde las almas voluntariamente ciegas, y bien dignas, por consecuencia, de tales predicaciones y de tales predicadores. En efecto, todo lo que la herejía obtiene con sus predicaciones es reavivar sin cesar en el corazon de sus víctimas el aborrecimiento y la oposicion contra la Iglesia católica, despertar y fomentar el orgullo, principio de todos los vicios; y con todas sus teorías morales, no es más que una enseñanza de inmoralidad y la escuela de todas las pasiones.

No es la palabra de Arrio, de Nestorio, de Phocio, de Lutero, de Calvino, de Zwingle, de Socin, de Fox, de Jansenio, de Saint-Simon, de Fourier, de Ronge, de Zreski y de tantos otros poseidos del espíritu infernal, que hablan en su nombre y no lo hacen más que en su orgullo; no es la palabra de todos esos sectarios la que puede santificar á los hombres: es menester para esto la palabra de Jesucristo, de la que es la Iglesia depositaria y fiel guardiana, y la que continúa hablando al mundo por boca de sus legítimos ministros; es ella sola la que, sacando al hombre de la abyeccion del sensualismo y despojándole de la escoria del elemento brutal de la animalidad, lo eleva á la region pura de los espíritus y hace de él un sér, no solamente espiritual, sino divino: « Vosotros ya estais limpios por la palabra que os he hablado: *Propter sermonem quem locutus sum vobis.* »

Dios se ha reservado para Sí la accion sobre el corazon humano, para inclinarle á hacer el bien. La palabra del hombre no puede nada sobre el hombre en el órden de la verdadera virtud, de la salud eterna. Por eso las teorías morales de los filósofos, las predicaciones evangélicas de los herejes, son frias, estériles, infecundas, dejan al hombre como lo encuentran. En la escuela de los filósofos y de los herejes cada uno queda lo que es. ¿Cuándo la herejía ha hecho jamas con sus predicaciones de un infiel un verdadero cristiano, de un pecador un santo?

Más diré: la palabra del hereje, verdaderamente hereje, en tanto que habla como ministro y en nombre de la herejía, no es una palabra humana, sino diabólica; porque el demonio es el artista, el fabricante de todas las herejías, y así el ministro de la herejía no es en realidad sino el ministro del demonio; no enseña más que su doctrina, no se presenta más que en su nombre, no ejerce más que su ministerio, no habla más que su palabra, porque no ha recibido más que de él su mision. Y en efecto, remontándose al pasado en la escala de sucesion de los ministros que le han precedido, para llegar hasta el autor, hasta el primer inventor de la doctrina que predica, encontrará siempre un infame heresiarca lleno de orgullo y de vicios, un monstruo de iniquidad, al hombre de pecado, es decir, al hombre que está exclusivamente dominado, animado, saturado del espíritu del demonio.

Por eso la palabra diabólica pervierte y no puede convertir, corrompe y no puede santificar, mancha y no puede purificar al hombre, lo aleja y no puede acercarlo á Dios; y de ahí esos efectos contrarios á sus intenciones, las más rectas, que obtienen con sus predicaciones los ministros de la herejía. Bajo la accion de esa palabra infernal, la fe en Jesucristo, en lugar de reanimarse, se debilita; el espíritu queda siempre más vacío, el corazon más frio, porque siente la nada de esta palabra sin vida, sin autoridad, desnuda de sentimiento, porque está desnuda de gracia.

En vano predicán el Evangelio; reproducen los textos del Evangelio de la misma manera que el demonio en el desierto alegaba á Jesucristo los pasajes de la Escritura, es decir, en un sentido contrario al en que han sido inspirados por el Espíritu Santo, para inculcar el vicio, para fortificar el error. Entre los ministros de la herejía hay hombres probos, de buena fe, más desgraciados que culpables; sus intenciones son rectas, su celo puro; predicán para llenar su ministerio, no para ejercitar un oficio; tienen el sincero deseo de hacer bien, pero ¿cuál es el resultado? La herejía es un insecto venenoso que emponzoña todo lo que toca. La palabra misma de Dios, al pasar por la boca del hereje, pierde toda su fuerza, toda su pureza, se altera y se corrompe. Jesucristo, evangelizado por ellos, no es creído, no es amado; no es ya su palabra, no es ya la palabra de vida eterna,

sino una palabra de perdicion, de muerte, de ruina, que no vivifica, sino que da la muerte. No se olvidan de inspirar la caridad; pero más que todo inspiran el aborrecimiento contra la Iglesia. Nada pueden, y solamente procuran alejar las almas del rebaño de Jesucristo. El demonio, por medio de ellos, consigue con una excesiva facilidad inculcar el mal en las personas incautas y de poca inteligencia. Esa palabra no produce, pues, más que un efecto negativo y contrario á las miras de Dios.

Sólo á la palabra de Dios está unida la fuerza conservadora, reformadora de las almas, porque sólo ella es pura é inmaculada: *Lex Domini immaculata convertens animas!* Si en este momento, bajo la impresion de las palabras que os dirijo, el pecador tiene vergüenza de su pecado, el hereje de su error, el cristiano tibio de su tibieza; si en este momento os sentís penetrados, conmovidos, contritos; si, aunque en la tierra, no pensais más que en el cielo; aunque bajo la presion de los sentidos no os preocupais más que de las cosas del espíritu; si en este momento no abrigais más que pensamientos santos y puros, y áun vosotros sois puros y santos, sois realmente cristianos. Pero no, no creais que éste es el fruto de mi palabra, el éxito de mi elocuencia; es que yo, indigno, pero legítimo ministro de Jesucristo, os anuncio su doctrina, su palabra en su pureza, tal como la he recibido de la verdadera Iglesia que me envia; es porque la palabra de Jesucristo va siempre acompañada de su gracia que atrae, que reforma, que mejora: yo no estoy en ella para nada; yo no entro por nada en los efectos que produce en vosotros esta palabra divina, ó si estoy es para disminuir su eficacia con mi impericia y mis pecados. Si al escucharla os haceis más espirituales, más puros, todo el mérito es de Jesucristo, toda la gloria es suya, porque Él es quien os habla por mi boca, de manera que puede hoy todavía, como otras veces, afirmar lo que afirmaba delante de los Apóstoles: «Si sois puros, es por la palabra que os he hablado: *Propter sermonem quem locutus sum vobis.*»

En segundo lugar, el Señor ha añadido: «Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto si no estuviese en la vid, así ni vosotros si no estuviereis en Mí (1). El que está en Mí, y Yo

(1) Sicut palmes non potest ferre fructum à semetipso, si non manserit in vite; sic nec vos nisi in me manseritis; quia sine me nihil potestis facere. (*Joan.*, xv.)

en él, éste lleva mucho fruto» (1). ¡Oh grande y preciosa doctrina! exclama San Agustin. ¡Cuán bien expresa la necesidad, la eficacia y la gloria de la gracia! ¡Cómo, al instruir á los humildes, hace callar y confunde á los soberbios! (2).

No son los retoños los que hacen vivir á la vid, sino la vid la que trasmite á los retoños la vida y la fecundidad: así, cuando estamos unidos á Jesucristo, no es Él quien recibe nada de nosotros, sino nosotros todo de Él: sin Él nada podemos, pues todos los santos pensamientos que se presentan á nuestro espíritu, todas las afecciones puras que se despiertan en nuestros corazones, todas nuestras virtudes, nuestras buenas obras, son el efecto de la savia vivificante de su gracia, que desciende hasta nosotros, opera en nosotros, germina en nosotros, fructifica y vive en nosotros (3). Y siendo así, dice San Pablo, ¿qué puede atribuirse jamás el cristiano á sí mismo? ¿De qué puede gloriarse? ¿En qué puede complacerse del poco bien que hace, de la gracia que conserva, de las virtudes que posee, si nada tiene que no haya recibido de Jesucristo, y que no sea el efecto de su comunión inefable, del concurso de su gracia y de su tierno amor? (4).

Pero esta misma doctrina, que es la base de la humildad cristiana, es el principio de la confianza cristiana, del valor cristiano. Por mí mismo nada puedo, nada valgo, nada sé sin Jesucristo. Pero unido á Él, como el sarmiento á la cepa, cuando estoy en Jesucristo y Jesucristo en mí, entónces puedo dar abundantes frutos: *Hic fert fructum multum.* Y tal es el segundo precioso efecto que produce mi unión con Jesucristo. En esta santa unión, la vista de mis pecados me entristece, pero no me desespera; la pesadez de mis malos hábitos contraídos por la costumbre inveterada del mal me humilla sin desalentarme; el sentimiento de mi miseria, de mi corrupcion, de mi debilidad, me hace temblar, pero no me abate. Debo repetir con San Pablo, que fortalecido

(1) Qui manet in me et ego in eo, hic fert fructum multum. (*Joan.*, xv.)

(2) Magna gratiæ commendatio, quæ corda instruit humilium et obstruit ora superbiorum. (*S. Aug.*)

(3) Ita vitis est in palmitibus ut eis vitale alimentum subministret, non sumat ab eis. (*Ibid.*)

(4) Quid habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris, quasi non acceperis? (*1, Cor.*, iv.)

por el vino generoso de la celeste Viña, por el mérito de la sangre de Jesucristo, lo puedo todo, todo lo puedo emprender y cumplirlo todo; atreverme á todo, y todo soportarlo; domar todas mis pasiones, destruir mis malos hábitos, triunfar de todos mis vicios, elevarme á la práctica de todas las virtudes (1); porque desde entónces soy fuerte con su fuerza, y el fruto que por mí solo no puedo dar, puedo hacerlo abundante en Él y por Él, puesto que es Él quien vive y opera en mí, como yo vivo y opero en Él y por Él: *Qui manet in me et ego in eo, hic fert fructum multum.*

En fin, el Señor concluye la admirable alegoría de la viña con estas palabras: «Si estuviereis en Mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, pediréis cuanta quisieris y os será hecho» (2). ¡Magnífico y precioso efecto de nuestra union con Jesucristo! Jesucristo no niega absolutamente nada á quien está unido á Él, porque, dice San Agustín, es imposible que el alma unida por la fe y por la gracia á su Salvador, pida nada extraño, inútil, conforme y subordinado á su salud eterna; y todo ruego hecho con estas disposiciones debe obtener una favorable acogida (3). En segundo lugar, como dice San Pablo, el que se une á Dios llega á ser un mismo espíritu con Dios (4). Si estoy en Jesucristo y Jesucristo en mí, Jesucristo me pertenece todo entero, y yo le pertenezco todo á Él. Yo me identifico, me trasformo en Él, llego á ser con Él una sola y misma cosa. Así como yo pongo á su disposicion todo mi sér, mi alma con todas sus potencias, mi corazon con todas sus afecciones, mi cuerpo con todos sus sentidos, así tambien Él pone á mi disposicion todo su Sér, su Divinidad con todos sus atributos, su Humanidad con todos sus méritos; me alienta con sus ejemplos, me fortalece con sus sacramentos, me anima con sus esperanzas, viene en mi ayuda con sus gracias, me enriquece con sus méritos, me purifica con su sangre, y asegura mi salud eterna. Y como no tengo con Él más que una misma vida, tampoco tengo más que una sola voluntad. Como no quiero más que lo que Él quiere, Él no querrá sino lo

(1) Omnia possum in eo qui me confortat. (*Philipp.*, IV.)

(2) Si in me manseritis et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis petetis et fiet vobis. (*Joan.*, XV.)

(3) Quid autem velle possunt manendo in salvatore nisi quod non est alienum à salute. (*S. Aug.*)

(4) Qui adhæret Domino, unus spiritus est. (*I, Cor.*, VI.)

que yo quiera. Así se cumplirán todos mis deseos, así se harán todas mis voluntades, así se atenderán todos mis ruegos: *Omnia quæcumque volueritis petetis et fiet vobis!*

Dichosos, pues, esos misteriosos animales en los cuales se cumpla la profecía de Jacob, y á los que el Deseado de las naciones introduzca en su viña mística, la Iglesia, atándolos á la verdadera Cepa, á su divina Persona, y cubriéndolos con sus preciosos vestidos mojados en su propia sangre: *Ligans ad vineam asinam suam et ad vitem pullum suum!* Sí, en esa sangre del divino Cordero lavarán sus vestidos, y por esa sangre se salvarán: ¡Dichosos, dichosos los que purifiquen sus vestidos en la sangre del Cordero! (1).

SEGUNDO PUNTO. Al lado de las más dulces esperanzas que consuelan, encontramos siempre en el Evangelio las amenazas más terribles que nos llenan de saludable temor, á fin de que, dice San Jerónimo, por el temor, pero sin abatimiento, por la esperanza, pero sin presuncion, podamos, como el ángel con sus alas, elevarnos hasta Dios.

Por eso en la parábola de la viña, miéntras que con una mano el Señor nos ha pintado las ventajas y la dicha de estar unidos á Él por los sacramentos, con la otra ha dibujado la profunda miseria, la desgracia sin límites de los que están separados de Él, diciendo: «Todo sarmiento que no diere fruto en Mí, lo quitará mi divino Padre (2). El que no estuviere en Mí, será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará, y lo cogerán, y lo meterán en el fuego, y arderá» (3).

¡Oh palabra! ¡Oh sentencia! En ella encontramos trazada brevemente la historia lamentable, no solamente de muchos individuos, sino de muchas naciones. Mirad la nacion judía, los pueblos del Oriente, los cristianos del Occidente; porque en el curso de los siglos no han dado en Jesucristo, que se les habia unido, el fruto que tenia derecho á esperar para la vida eterna; porque no se han cuidado de estar en Jesucristo por medio de la humilde fe y de la santa caridad, el divino Padre los ha separado

(1) Beati qui lavant stolas suas in sanguine Agni. (*Apoc.*, XXII.)

(2) Pater meus omnem palmitem in me non ferentem fructum tollet eum. (*Joan.*, XV.)

(3) Si quis in me non manserit, mittetur foras, sicut palmes, et arecet et colligent eum et in ignem mittent et ardet. (*Ibid.*)

de la Vid divina, es decir, de Jesucristo, como sarmientos inútiles, y los ha echado fuera de la viña, fuera de la Iglesia. ¿Y qué ha sido de todas esas nacionalidades? Los judíos no han conservado de la antigua religion más que la idea grosera del Dios destronado por ridículas supersticiones, por fábulas absurdas, y bajo el velo de vanas observaciones exteriores, el culto del oro y la moral del interes terrestre. Como el sarmiento cortado de la vid queda aún verde durante algunos días, pero concluye por secarse completamente, así los pueblos protestantes en particular, como lo vemos en nuestros días, despues de haber conservado algun tiempo un resto de fe y de moralidad que habian recibido de la verdadera Iglesia, de la verdadera viña á que estuvieron unidos durante tantos siglos, se han secado ya completamente. Nada de fe en Jesucristo: el racionalismo y el socinianismo que han invadido todas las clases, niegan su divinidad. Nada de prácticas de las virtudes heroicas: han sido completamente absorbidas, abolidas por el más vergonzoso materialismo, por la idolatría del oro y del placer. Nada de religion: en el seno de esos desdichados pueblos, considerados en masa, no hay una sola gota de savia de la antigua gracia, de la antigua fe; todo principio vivificante se ha secado y perecido en ellos. Divididos entre sí por una profunda é interminable discordia de opiniones necias, ridículas, impías, yacen fuera de la verdadera viña, de la Iglesia, esparcidos en el suelo acá y allá, como ramas estériles que no aguardan más que el fuego que debe devorarlas. ¡Oh deplorable catástrofe! ¡Oh lamentable vicisitud! ¡Oh terrible castigo de las naciones que dejan de estar por la Iglesia y en la Iglesia unidas á Jesucristo!

Pero el mismo desastre, la misma decadencia, el mismo castigo está tambien reservado á todo mal católico que, unido á la verdadera vid por la profesion de la verdadera fe, no da jamas fruto por el ejercicio de las virtudes cristianas. El Padre celeste lo corta de la vid divina, lo echa de la Iglesia, porque el pecador que no está unido al cuerpo de la Iglesia más que exteriormente, se hace extraño á su espíritu; y en efecto, no pertenece al espíritu de la Iglesia el que no está unido á Jesucristo por medio de la gracia santificante y de la divina caridad (1). ¡Ay! ¡Oh mi-

(1) Omnem palmitem non ferentem fructum, tollet eum. (Jo., xv.)

seria! ¡Oh infortunio del alma cristiana á quien el pecado constituye en ese estado de cisma invisible con relacion á Jesucristo! Se seca (1); va perdiendo poco á poco los hábitos de virtud; se hace poco á poco insensible á las bellezas de la fe, á los consuelos de la esperanza, á los atractivos de la obra divina; poco á poco pierde el espíritu de oracion, el amor á la virtud, el gusto por la devoción, las ideas de una vida mejor, el interes del alma, los pensamientos santos, las piadosas afecciones, el deseo del paraíso, el celo por su salud. Árida rama, privada de todo socorro, sin un pensamiento en el espíritu, sin una oracion en los labios, sin una buena accion en la conducta, sin movimiento, sin vida, incapaz, no solamente de dar el fruto de las buenas obras, sino aún de revestirse de hojas por una conducta al ménos exteriormente regular y cristiana, despojada de todo, sin verdor, ofreciendo á las miradas la desnudez de sus vicios, de sus malos hábitos, de sus escándalos, queda en tierra como un árido sarmiento, despreciado de Dios, odioso á los hombres: *Arescet! Arescet!*

¿Qué será de esos cristianos, si en semejante estado los sorprende la muerte? Quedan, dice San Ireneo, allí donde se encuentran, separados por una eternidad de ese mismo Jesucristo de quien quisieron estar separados en vida; quedan en ese estado de cisma y de division con Jesucristo, que han elegido durante la vida y que se han preparado ellos mismos (2).

Y observad á este propósito, dice San Agustin, que el sarmiento es la madera más preciosa, más útil cuando está unida á la vid, y una vez separada es la madera más vil, más inútil para todo, ménos para ser quemada (3). No hay para el sarmiento estado medio entre quedar unido á la vid ó ser quemado: si no queda unido, es arrojado al fuego (4). Igualmente, no hay estado medio para el alma humana: ó está unida á Jesucristo por la fe y por la gracia, y entónces está para siempre unida á su glo-

(1) Si quis in me non manserit, mittetur foras, sicut palmes, et arescet. (Joan., xv.)

(2) Separationem inducit quæ electa est ab eis. (S. Iren.)

(3) Ligna vitis tanto sunt contemptibilia, si in vite non manserint, quanto gloriosiora si manserint. (S. Aug.)

(4) Unum è duobus palmiti congruit, aut vitis, aut ignis: si in vite non erit, in igne erit. (Ibid.)

ria, ó se separa por el pecado, y para siempre estará separada por la condenacion. Los ministros de la divina Justicia no tienen que hacer más que recoger esos sarmientos secos por los ardores de la concupiscencia y de las pasiones, y arrojarlos al fuego donde eternamente arden (1).

Notad bien esta última expresion. ¡Cuán profunda, cuán terrible es! No dice : arderá, *ardebit*, sino arde; porque el presente y el futuro y el pasado están para siempre abolidos en el infierno, y allí todo se reduce y se concentra en un perpétuo, inmóvil presente : *Ardet! Ardet!* ¡Arde! ¡Arde! La muerte que altera y cambia, que descompone y destruye todas las cosas en el mundo visible, no hace más, con relacion al alma reprobada en el mundo invisible, que hacer fijas, inalterables, indestructibles todas las cosas perecederas; pone un límite á todos los cambios de la naturaleza, á todas las conversiones de la gracia, á todas las vicisitudes del tiempo. No hay esperanza de gracia, ni tiempo para la penitencia, ni recurso para el perdon. El último juicio será sin revision, la última sentencia sin apelacion: *Ardet! Ardet!* Allí el sarmiento que arde no crece ni disminuye en dimensiones, y la llama que lo devora no disminuye ni crece en intensidad. El sarmiento reprobado está siempre en el mismo estado, y arde siempre de la misma manera, y siempre está sometido á un ardor uniforme, constante, presente : *Ardet! Ardet!*

¡Qué desastre! ¡Qué infortunio! ¿Y será verdad que algunos de los cristianos que me escuchan deben terminar en tan cruel destino? ¿Y podrá decirse que ya ha sucedido, que se ha perdido para ellos toda esperanza?

No, no, recobrad el valor, almas separadas de Jesucristo por la herejía ó el pecado. El sarmiento, una vez cortado de la vid, no puede ya ser unido á ella, ni recobrar su puesto, ni recibir como otras veces la savia y la fecundidad. Pero no es así para vosotros. Estais aún en el dominio del tiempo. Para vosotros hay aún el ministerio de la reconciliacion y del perdon; el ministerio en virtud del cual todo lo que se ata ó se desata en la tierra queda atado ó desatado en el cielo. En virtud de ese ministerio, verdaderamente sublime y divino, los sucesores de los Apóstoles pueden aún ir á tomar los desgraciados pollinos atados á la puer

(1) Et colligent eum, et in ignem mittent et ardet. (*Joan.*, xv.)

ta del infierno con las cadenas del pecado y del error, y llevarlos á Jesucristo y hacerle sentar en ellos. En virtud de ese ministerio, vosotros, retoños inútiles y secos, podeis ser milagrosamente introducidos en la Viña santa y divina, en Jesucristo, y participar de todas sus gracias, de todo su amor.

Valor, pues; miéntras vuestra voluntad no esté irrevocablemente decidida al mal, miéntras que la divina misericordia no esté agotada, miéntras que el día de salud, el tiempo de propiciacion no haya pasado enteramente, miéntras que las fuerzas no falten, que la salud os secunde, que la gracia esté pronta, que la voz de Dios os llame, que los ejemplos de tantos de vuestros hermanos os sostengan; tomad resueltamente el partido de volver á la verdad por la profesion de la fe católica, á la gracia por un arrepentimiento sincero; haced que Jesucristo nos reuna á todos en la verdadera viña, en el seno de la Iglesia; que pueda atarnos á la verdadera Vid, á su divina Persona; que pueda revestirnos con su gracia, con los méritos de su sangre; que pueda descansar sobre nosotros, guiarnos y conducirnos; y que entre las aclamaciones del pueblo de los justos, entre el *Hosanna* de los ángeles, en compañía de los Apóstoles, pueda introducirnos á todos juntos y triunfantes en la Jerusalem celeste, y que así se cumpla en nosotros todos la gran profecía: «Atando á la viña su pollino, y á la vid, ¡oh hijo mio! su asna. Lavará en el vino su vestido, y en la sangre de uvas su palio. *Ligans ad vineam pullum suum et ad vitem asinam suam, lavabit in vino stolam suam et in sanguine uve pallium suum.*